

COSAS SOBRE MI MADRE

Julio Cisneros / México

De mi madre escuchaba las historias más blandas en las tardes grises que anunciaban tormentas. Bajo el arrullante silbido del viento pajueleando sobre las láminas de cartón me alcanzaba su voz como abanico de lino despejando la bruma de la mente y refrescándome el alma. Poco entendía entonces lo que a ella le servía contarme las cosas, como a mí el escucharla. En esos escasos instantes donde se junta la plena atención con el afecto innato para germinar admiración, me dejaba llevar por su voz como mis barcos de papel se entregaban a las corrientes de la lluvia. Poca gente ahora recuerda lo grande que fue mi madre, incluso injusta es la memoria al empañar los momentos buenos en que estuvimos juntos y hablamos. Para mis oídos, parecía que la única razón de la separación de mis padres meses antes que yo naciera, había sido el repentino trastorno mental de mi madre y por ende, la incompleta función en su papel de esposa. Mas no todo fue así, entre otras cosas lo comprobarían las múltiples amantes de mi padre y mis incontables medios hermanos. Lo único cierto de todo es que a mi madre se le empezó a apagar la flama de vida a partir de ese instante. Recuerdo borrosamente de un tío, uno de los muchos relatos extraordinarios que rodearon la imagen de mi madre. Sería de madrugada cuando lo desvió del sueño una luz vacilante sobre el rostro de Refugio. Ella, dormida en la cama de enfrente se vio iluminada por una lengua de fuego que salía sobre su rostro, como las lenguas de fuego que mencionan Los Hechos en el día de Pentecostés. Sin embargo, esta flamita recobraba movimiento, avanzando levemente en vertical, como estudiando el lugar para encontrar salida. "Lo raro es que no sentí miedo, al contrario me dio una curiosidad por mirarla de cerca, que me salí de la cama para acercarme más, y a luego que me puse en pie, la luz zigzagueó y se escabulló de golpe tras la ventana. Yo nunca pude entender que era, pero no fue la única vez que la vi". Ella no sintió nada esa noche ni en las que seguirían, al contrario el cuento de las lucecitas nocturnas que venían a visitarla o que salían de ella, le pareció buena ocurrencia del tío. Lo que sí recordaba ella de su infancia allá por los empedrados de Santa Cruz, fue la aparición del chamuco en los carbones encendidos que se agrandaban. "Yo iría rumbo a la zanja por agua, con el cántaro en el hombro cuando empecé a patear un pedazo de carbón negro tirado en el camino. Ese día había luna y estaba por amanecer, lo recuerdo bien porque iba echando sapos y culebras por

la Hermelinda y la Baudelia que no se levantaron para ir al agua cuando a ellas les tocaba ir ese día. A luego de patearlo varias veces se empezó a poner colorado como ardiendo, yo tan enojada iría que no le puse atención hasta que lo sentí más pesado y en una de esas pateadas sentí lo caliente en lo frío de mis huaraches. Hasta el cántaro solté del susto y esa vez aparte de la friega que me arrimaron por el cántaro perdido me dio calentura por dos días". Dirían tal vez, que en esos tiempos sería más visto por Dios el honor a la familia que no tomaba de extraño que dejara al chamuco reprender y asustar a los desobedientes. Pero mi madre no fue muy desobediente, sólo una vez la descubrieron en misa con una campanita escondidas bajo el reboso, imitando el sonido del llamado a la eucaristía y robando la atención de los fieles feligreses. Años después con la misma atención extraviada y con la luna sobre la espalda la devolví varias veces de su deambular repentino por las calles de la ciudad. Cuando le ganaban las risas y los paraísos imaginarios se dejaba fielmente llevar sin rumbo fijo, perdiéndose entre calles, gentes y los años rancios. Sé que en Guaymas conoció a Adela la brasilera y por el sur a Juana, una mulata cubana. Recorrí el DF, Tecmán, Hermosillo, Colima, Uruapan, Guayabitos y no sé qué tantos otros lugares. Parecía tradición gitana heredada de la línea de los Barajas el recorrer el mundo. A fin de cuentas la abuela fue torteadora en la bola junto con Pancho Villa, y junto con la guitarra y la armónica anduvo hasta Nogales. Refugio siempre dejó al corazón sentir, a la lengua hablar y a sus pies soltar los pasos. Pero hubo también grandes vacíos y llantos en esa vida que hoy ya no vive y en esos pasos perdidos que mis líneas no lograrán. Si las lágrimas son el medio del alma para desprenderse del cuerpo, por hecho comprobado tengo que mi madre tuvo muchas almas. Y es que no le ajustó el llanto para deshacerse de ellas, ni a mí me ajustó la memoria ni las lágrimas que me quedan para ayudarla un poquito. Un día sus hijos estirados por las circunstancias se fueron por el mundo y de entre ellos yo, siendo aún un mocosito, nunca volvería a verla con vida. Nunca supo el por qué le echó fuego a la casa, ni por qué siguió huyendo lejos. Sus cartas viejas la mostraban diferente e incluso se pintaban planes para un reencuentro cercano. Lástima que un día de octubre al amanecer encontraran los restos de su cuerpo tendido sobre la vía del tren. Accidente o escape no lo concibo, mas desde entonces todo ha sido nublado y no hay día que yo no camine por esas vías. De lejos le he llevado flores y he platicado con ella, con todos, con mis otros muertos también. La última regresó a morir con los suyos hace un par de meses, ahora ya son siete los que me aguardan en la gaveta y todos tienen tanto que decir. No todos me dejaron sus cuentos, los que me quedaron los sigo desmenuzando y a la vez voy juntando los míos. Sé que nunca volví a esa tumba, ni he vuelto a recorrer los empedrados. La frontera me lo ha impedido. Hay una frontera que con su metal nos divide los sueños y fragmenta la vida, una frontera que pronto desafiaré. Hoy es un día gris, se acerca la tormenta y el viento sacude las persianas de mi apartamento en el tercer piso, el tercer cielo tal vez. Intentaba contar otras cosas sobre mi madre pero ya no siento su abanico de lino, su voz se ha ido distanciando poco a poco, y creo que mi alma aún está muy reseca para contar.